

Seminario Concordia  
C. Correo 5  
1655 J. L. Suárez  
Bs. As. - Arg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
Historia de la Iglesia Cristiana .....	1
Desiderio Erasmo de Rotterdam .....	6
Estudio Homilético .....	22
Sermón sobre Lucas .....	35
Plática sobre casamiento .....	43
Instalación de la Junta Directiva .....	44
Bibliografía .....	48

Publicado por la Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

**SERMON SOBRE LUCAS 24: 13 - 35**

**Oh Cristo, ¡ilumina nuestro entendimiento!**

Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea que estaba de Jerusalem sesenta estadios, llamada Emmaús. E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acaecido. Y aconteció que yendo hablando entre sí, y preguntándose el uno al otro, el mismo Jesús se llegó, e iba con ellos juntamente. Mas los ojos de ellos estaban embargados, para que no le conociesen. Y díjoles: ¿Qué pláticas son estas que tratáis entre vosotros andando, y estáis tristes? Y respondiendo el uno, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Tú sólo peregrino eres en Jerusalem, y no has sabido las cosas que en ella han acontecido estos días? Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús Nazareno, el cual fué varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros príncipes a condenación de muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel: y ahora sobre todo esto, hoy es el tercer día que esto ha acontecido. Aunque también unas mujeres de los nuestros nos han espantado, las cuales antes del día fueron al sepulcro: y no hallando su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, los cuales dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho; mas a él no le vieron. Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábales en todas las Escrituras lo que de él decían. Y llegaron a la aldea a donde iban: y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró pues a estarse con ellos. Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomando el pan, bendijo, y partió, y dióles. Entonces fueron abiertos los ojos de ellos, y le conocieron; mas él se desapareció de los ojos de ellos. Y decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? Y levantándose en la mis-

ma hora, tornáronse a Jerusalem, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón. Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo había sido conocido de ellos al partir el pan. — Lucas 24:13-35.

En el nombre de Aquel que fué muerto, y que vive por los siglos de los siglos, y que tiene las llaves del infierno y de la muerte, estimados amigos:

Dos hombres abandonan la ciudad de Jerusalem. Su destino: el pueblo de Emmaús. Serán las cuatro de la tarde. Les espera un viaje de tres horas a pie. El viaje les parecerá más largo aún, a causa del estado de ánimo en que se encuentran.

Sus rostros reflejan la desilusión y el desengaño. Habían seguido a un Nazareno, de nombre Jesús. El debía iniciar una nueva época en la historia judía: librar al pueblo, quizás expulsar a los extranjeros, crear un mundo nuevo y — — posible-mente — — colocarlos a ellos como altos mandatarios del nuevo reino. Desconocemos todos los pensamientos que hayan pasado por su mente; pero en algo se sentían defraudados. El profeta de Nazaret, que debiese redimir a Israel, había caído en manos asesinas y había sido enterrado en una tumba privada a pocos pasos del Monte Calvario. "El argumento del drama" les parecía muy raro.

Por cierto, ese mismo día se corrían curiosos rumores. Varias mujeres agitadas dijeron haber presenciado apariciones de ángeles. Hasta llegaron a creer que el Nazareno había resucitado de entre los muertos.

Pero estos dos discípulos querían ser realistas. Habían oído los cuentos del día. Para ellos, sin embargo, no existía prueba alguna de semejante cosa. Si bien había resucitado, fué como si siguiera muerto.

Estimados amigos, todos los años oímos de nuevo el glorioso mensaje: "Cristo vive." Lo hemos oído repetidas veces. Se ha predicado ya por diecinueve siglos. Este mensaje fué la base del cristianismo. Los primeros cristianos eran los que dijeron haber visto al Resucitado. "El Cristo Vivo" fué el tema de sus predicadores. Saulo, cruel perseguidor de los primeros creyentes, fué cambiado en San Pablo Apóstol y escribió una docena de libros del Nuevo Testamento — — porque tenía la

convicción de haber visto a su Salvador resucitado; y ese mismo Apóstol dice que no tienen la fe cristiana los que no aceptan la resurrección.

Nosotros, sin embargo, andamos por la senda de la vida perplejos, preocupados — — como si nuestro Dios estuviera muerto. ¿Será que, como Cleofas, dudamos de su resurrección? ¿Acaso la aceptamos a medias, sin que tenga valor real en la vida diaria? A base de nuestro texto rogamos:

**Oh Cristo, ¡ilumina nuestro entendimiento!**

Ilumínalo, primero, tocante a la verdad de tu resurrección; y segundo, tocante a la amistad que nos brindas en el camino de la vida.

Los hechos imponentes del viernes estaban aún frescos en la mente de Cleofas y su compañero. San Lucas nos pinta su reacción ante tales hechos, en los versículos 13 a 24 de nuestro texto: (Léanse dichos versículos del capítulo 24).

Es interesante notar aquí, que **los dos discípulos no habían ido al sepulcro**. No tenían aún el gozo ni la bendición de ese día, pues no fueron a comprobar personalmente los hechos. Tenían que conformarse con los informes de otros.

A veces caemos en el mismo error. En vez de comprobar personalmente los hechos, nos guiamos sólo por los informes o rumores ajenos. Y cuando empleamos tal procedimiento con la doctrina de la resurrección, nos quedamos sin su influencia poderosa.

Hagamos nosotros lo que los dos discípulos dejaron de hacer. Examinemos detenidamente la historia de la resurrección que oímos el domingo pasado. Si es falsa, descartémosla como un engaño piadoso predicado por almas sencillas y equivocadas. Si es cierta, reconozcámonos como "insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho;" y roguemos que esta doctrina cambie nuestra duda en fe fervorosa. ¡Que Cristo nos hable, que nos abra las Escrituras y nos declare lo que de El dicen!

**Vamos al sepulcro**

Estamos ante una tumba vacía. Pondremos a prueba los hechos contados por las mujeres. Por unos momentos, pensemos que toda la historia de aquellas damas creyentes se reduce

a un bello sueño. Pongamos toda clase de obstáculos a su veracidad; y dejemos que los hechos mismos hablen.

OBSTACULO N° 1: "Esta tumba vacía no es la de Cristo, sino otra parecida. Las mujeres fueron a un sepulcro equivocado; y no hallando su cuerpo, vinieron con los cuentos de una resurrección imaginaria."

Sin embargo, al acercarnos a la tumba, vemos el sello oficial de Poncio Pilato — única que lo lleva. Se nos informa que esta es propiedad de José de Arimatea, Nicodemo y las mujeres afirman que presenciaron el entierro; insisten en que ésta tiene que ser la tumba en que fué colocado el cadáver de Jesús.

¡Bien! Aceptamos que estamos ante la tumba exacta y que esta se encuentra vacía. Pero tal hecho no prueba que Cristo estuviera muerto y que la vida volviese a Él, de manera que pudiera resucitar de entre los muertos. Ver es creer, y no lo hemos visto resucitado.

#### Hablemos con los príncipes

Pongamos OBSTACULO N° 2: "Los príncipes de los sacerdotes y los príncipes romanos mandaron que se robara el cuerpo." Hablemos con los enemigos del Nazareno — ¡seguro que se lo llevaron! Pero los enemigos nos contestan: "¡Ojala que tuviéramos el cadáver de Jesús para demostrar que sigue muerto! Así tendríamos pruebas para condenar a las mujeres y a aquellos discípulos que predicán la mentira de la resurrección. Así podríamos acabar de una vez con la religión cristiana. Pero no tenemos tal cadáver. Fueron los discípulos quienes se robaron el cuerpo y no nosotros."

#### Hablemos con los discípulos

Vamos a poner, pues, OBSTACULO N° 3: "Los discípulos se robaron el cadáver de Cristo." Interrogamos a Simón Pedro, quien afirma enfáticamente: "He visto al Señor Resucitado." Y este discípulo, antes cobarde, culpable de negar tres veces a su Salvador, ahora pone su vida en peligro anunciando públicamente la resurrección. Por algo se levanta delante de asesinos para declarar: "Matasteis al Autor de la vida." No parece lógico que lo haga por defender un engaño y una mentira.

Tampoco es probable que los demás discípulos pudiesen romper el sello de la tumba, mover la piedra, entrar en la tumba y salir de ella sin que los oyeran o los vieran los soldados que bajo pena de muerte vigilaban el sepulcro. Y si los discípulos robaron el cuerpo, ¿dónde lo tienen escondido? A la verdad, estos pescadores no son engañadores, ni arriesgarían la vida predicando a sabiendas una mentira.

Descartado este razonamiento, pongamos OBSTACULO N° 4: "Cristo no murió en la cruz; se desmayó y más tarde se despertó en el sepulcro." Para investigar esta posibilidad, hablemos con los soldados que participaron en el drama.

"No es posible tal cosa," alegan. "Llevamos años ya en este negocio de crucificar a los criminales. Sabemos bien cuando un crucificado está muerto. Estuvimos tan seguros de que Jesús el Nazareno estaba muerto, que ni aun le rompimos las piernas. Pero para quedar del todo convencidos, le abrimos el costado con una lanza; y el agua que salió con la sangre probó que ya había muerto. Cristo no pudo haber resistido la crucifixión. Estaba demasiado débil para cargar su propia cruz; tuvimos que dársela a Simón el Cireneo. Y recuerdan: Había que romper el sello de Poncio Pilato y quitar la piedra para poder salir del sepulcro. El no hubiera podido hacer tanto mientras nosotros vigilábamos la tumba."

Y nosotros nos preguntamos, ¿cómo podría Cristo, si Él mismo necesitaba medicinas y cuidado especial para sanarse, convencer a los temerosos discípulos de que Él había conquistado la muerte y que para Él debían dar sus vidas? La verdad es que tal teoría hace de Cristo un engañador. Lo que es completamente contrario a su carácter.

Martín Lutero dijo que su discípulo predilecto era Tomás, porque éste simbolizaba su propio espíritu de duda e incredulidad. Todos llevamos un pequeño Tomás adentro, que quiere ver antes de creer. Y a veces, el Resucitado tiene que recordarnos su consejo a Tomás: "Porque me has visto, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Juan 20:29).

En este siglo XX, no nos queda más remedio que aplicarnos las palabras del Viajero a Emmaús: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!"

Cristo, por medio de los hechos bíblicos, ilumina nuestro entendimiento tocante a la verdad de su resurrección. El mensaje del domingo pasado es cierto. El Salvador crucificado resucitó. ¡Aleluya! Vive y por toda la eternidad. ¡Aleluya! No hay que probar la vida después de esta, pues Cristo está en aquella vida, gloriosa.

Y hacia aquella vida vamos. En la tierra, somos peregrinos. Nuestro camino se parece al que tomaron los dos discípulos del texto. Podrá ser largo o corto. Podrá durar treinta o cincuenta o setenta años. Su extensión no es lo principal. Lo más importante es: ¿qué clase de compañero tenemos por el camino? ¡Pobre corazón, el que tiene que confiar en malos compañeros! El brazo de los hombres es débil y es infiel.

Aun cuando Cleofas y su amigo trataron de consolarse, el uno al otro, no lo lograron. Naturalmente, los buenos amigos hacen falta.

Cuando nosotros estamos tristes por los fracasos o debilidades de la carne, los compañeros humanos pueden distraernos. Cuando nos desilusionamos, los amigos pueden dar ánimo. Un continuo consejo dice: "Comparte tu tristeza, para que sea media tristeza; comparte tu alegría, para que sea doble alegría."

Sin embargo, fuimos creados para la vida eterna; y los compañeros de este mundo no bastan. Así como Cleofas y su amigo necesitaron a Cristo de Compañero para salir de su tristeza, así El nos hace falta también en la senda de la vida.

La solución a nuestros problemas básicos, la tenemos que buscar fuera del hombre, pues ningún compañero humano "podrá redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate" (Salmo 49:7). Por eso "era necesario que el Cristo padeciera estas cosas" que tanto entristecieron a Cleofas y a su amigo.

Aun antes que Cristo pueda ser tu Amigo y Compañero, tienes que aceptarlo como tu Salvador: reconocer que sin El, estás perdido eternamente y condenado al infierno.

Mas recibéndolo como tu Salvador, lo haces también tu Amigo y Compañero. Pero no es un Compañero mudo. Ilumina tus pasos por medio de las Escrituras. La Biblia, desde Moisés y los profetas hasta Apocalipsis, es Su Palabra. Contiene principios y consejos eternos, que no pueden ser quebrantados. Si quieres saber cómo resolver acertadamente algún problema en tu vida, estudia la Biblia y ora: "Oh Cristo, ilumina mi en-

tendimiento." Escudriña su sabiduría, si quieres triunfar a la larga. Asiste a la iglesia y escucha las predicaciones con la misma atención que tenían Cleofas y su compañero; ruega siempre, "Oh Cristo, ilumina mi entendimiento."

Sobre todo, querrás conocer cada vez mejor la historia de la salvación. Pues el Cristo padeció por ti y entró en su gloria, a fin de preparar lugar para ti. Y algún día has de cantar esta historia junto con los ángeles del cielo.

Y así como Cristo quiere ser tu Amigo y Compañero en la senda a la vida eterna, así lo quiere ser también dentro de tu hogar.

El texto dice: "Y llegaron a la aldea a donde iban; y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró pues a estarse con ellos. Y aconteció, que estando sentado con ellos a la mesa, tomando el pan, bendijo, y partió, y dióles."

El corazón de los dos discípulos arde por las enseñanzas recibidas en el camino. Saben que también en el hogar les hace falta este maravilloso Amigo y Compañero. Pues en todo momento, El sabe calmar sus dudas, fortalecer su fe y cambiar su tristeza en gozo. Le tienen cariño. El largo camino de Jerusalen a Émmaús en realidad les ha sido corto. Veloz ha ido huyendo el día. Jesús hace como si va a seguir camino — para que le inviten a la casa. Y ellos responden: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya se ha declinado." Le invitan, para agradecerle y para conocerle mejor. Le necesitan, pues los días han sido difíciles.

Cristo muchas veces hace como si nos abandonaría, para que le supliquemos con mayor ahinco: "Quédate con nosotros."

¡Bendita casa, do te han recibido,  
Amigo de las almas, Salvador;  
Do Huésped moras siempre muy querido,  
Y de las almas eres el Señor!

¡Bendita casa, do mujer y esposo  
Estrechan en tu amor su dulce unión,  
Acordes en espíritu piadoso,  
Gozándose en la misma salvación!

¡Bendita casa, do los pequeñuelos  
Son puestos sobre tu fiel corazón,

Amigo de los niños en los cielos,  
Que les dispensas tierna protección!"

Sí, ¡bendita casa, donde se implora en cada comida la presencia del Buen Amigo y Compañero!

"Cristo, nuestro Pan de Vida  
Ven, bendice esta comida!"

¡Bendita la casa, donde los disgustos se resuelven llevándolos al Divino Huésped! ¡Bendita la casa, donde el moribundo torna los ojos a Aquel que lo ha acompañado por toda la vida, y le dice: "Quédate conmigo, porque se hace tarde, y el día ya se ha declinado."

Uno de los himnos más tiernos del cristianismo es aquel que lleva por título: "Señor Jesús, la luz del día se fué." Su letra es basada en las palabras de nuestro texto: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado."

Distintos escritores cuentan el origen de este himno. Su autor, Enrique Lyte, fué pastor de una congregación de marineros ingleses por espacio de veinticinco años. A estos señores rústicos pero cariñosos, los visitó en sus barcos o en sus humildes barracas. Tanto los rebeldes jóvenes como los endurecidos ancianos encontraron en su pastor un consejero y amigo. Muchos se convirtieron en fieles creyentes.

Un domingo por la tarde, debilitado ya por sus muchos años de labor, bajó por la senda de su jardín para mirar la puestas del sol. Impresionado por su belleza, pidió a Dios inspiración, a fin de hacer un himno que consolara a sus sobrevivientes; pues sabía que le quedaban pocas semanas de vida.

Al declinar el día, se sentó en su oficina, pensó en la historia de nuestro texto, y escribió:

"Señor Jesús, la luz del día se fué,  
La noche cierra ya, conmigo sé;  
Sin otro amparo, Tú, por compasión,  
Al desvalido da consolación.

"Veloz el día nuestro huyendo va;  
Su gloria, sus ensueños, pasan ya.  
Mudanza y muerte miro en derredor.  
¡Conmigo sé, Bendito Salvador!" Amén.

Federico Pankow